

LA EXPERIENCIA DE DIOS EN GRUPOS³³⁰

SUMARIO

I. FUENTES DE INFORMACIÓN

II. PROBLEMAS DE VOCABULARIO

1. Noción de “experiencia”.
2. Noción de “grupo”.

III. REALIZACIONES

1. *Actividad desplegada en los grupos.*
 - A. Formas diversas:
 - a) “Eucaristías domésticas”.
 - b) Oficio.
 - c) “Meditación”.
 - B. Características generales.
2. *Dificultades.*
3. *Composición de los grupos.*
 - A. Grupos permanentes.
 - B. Grupos ocasionales:
 - a) Entre miembros de la comunidad.
 - b) Con los huéspedes.
 - c) Con los alumnos de la escuela.
4. *Condiciones del funcionamiento de los grupos y papel del abad.*
5. *Duración y frecuencia de las reuniones.*
6. *Lugar de reunión.*
7. *Dos advertencias suplementarias.*
 - A. Utilización de las técnicas de grupo.
 - B. Grupos de oración y pentecostalismo.

IV. MOTIVACIONES

1. *Desde el punto de vista bíblico.*
2. *Desde el punto de vista tradicional.*
3. *Desde el punto de vista psicológico y práctico.*
 - A. Insuficiencias del oficio.
 - B. Insuficiencias de la comunidad.
 - C. Problema de los que ejercen el ministerio.

³³⁰ Tradujo: Hna. Edith Scasso, osb. Abadía de Santa Escolástica. Victoria (Buenos Aires - Argentina).

4. *Desde el punto de vista teológico.*

A. Respecto de Dios.

B. Respecto de la fe.

V. EVALUACIÓN

1. *Beneficios.*

A. En el dominio de la vida de oración.

B. En el dominio de la vida común.

2. *Peligros.*

A. En el dominio de la oración.

B. En el dominio comunitario.

VI. CONCLUSIÓN: Impresiones de conjunto:

1. *Desde el punto de vista de los hechos.*

2. *Desde el punto de vista del juicio a tener.*

I. FUENTES DE INFORMACIÓN

La presente relación refiere el resumen, lo más objetivo posible, de los informes recibidos por los siguientes medios: cartas y testimonios, procedentes de personas, de grupos o de comunidades, que he obtenido en respuesta a una sollicitación de datos dirigida a muchos lugares; encuesta que hice con estudiantes de cinco grupos lingüísticos de San Anselmo en noviembre de 1971; de testimonios que he recogido durante el viaje, en monasterios de diversas partes del mundo, sobre experiencias allí realizadas o sobre otras de las que se tenía conocimiento. Las preguntas propuestas eran las siguientes: ¿Existen los grupos? ¿En qué proporción? ¿Cómo funcionan? ¿Favorecen la experiencia de Dios o la tornan más difícil? ¿Cómo juzgarlos? Esta información será incompleta, porque se pidió a fines de agosto de 1971, para ser enviada a fines de diciembre del mismo año, lo que dejó poco tiempo para recoger una información más vasta. Sin embargo ésta fue suficientemente abundante aunque su relación carecerá de algunos matices, pues tendrá que ser breve. En su base, y conforme a las precisiones recibidas del Secretariado de la Comisión monástica, se encuentra la distinción entre la “comunidad” constituida por todo el conjunto de miembros de un monasterio y el “grupo” existente en el interior de esta comunidad; sin embargo allí donde la comunidad consiste en un número pequeño de miembros, ella coincide con un grupo y para algunos se identifica con él.

II. PROBLEMAS DE VOCABULARIO

Serán abordados sin duda en los otros informes que componen el programa de conjunto de la Comisión monástica. Bastará aquí con señalar que ellos han sido resueltos en varias respuestas.

1. *Noción de “experiencia de Dios”*

Algunos piensan que, en sí, ella es privada, personal, incommunicable, y que se la puede describir pero no definir. Por otra parte, no puede ser sino una experiencia de fe, no de psiquismo: Dios no puede ser experimentado psicológicamente. Cierta toma de conciencia de la experiencia de Dios es posible, pero su autenticidad no será nunca garantizada.

Teológicamente hablando, la noción de experiencia de Dios para no ser vaga debería quedar determinada en su relación con el misterio de la fe (*Glaubensgeheimnis*) y con el psiquismo. En fin, la experiencia de Dios no puede ser sino un don recibido, nunca el resultado de esfuerzos humanos. Hay quienes preferirían hablar de un “encuentro con Dios” (*Gottesbegegnung*), en el que Dios tiene la iniciativa.

Prácticamente hablando, todos reconocen que no se trata aquí de éxtasis o de otros fenómenos extraordinarios, sino de realidades tales como: paz, alegría, caridad, valor para vivir mejor, fe más profunda, esperanza más firme, comunión fraterna, oración, etc... No se trata entonces solamente de “experiencia de oración” sino que se trata de subrayar que la experiencia de Dios tiene lugar también bajo otras formas: discutir sobre un cambio importante, tomar unidos una decisión seria, buscar mediante el estudio, ahondar la fe, trabajar unidos en todo, en la cocina o en el lavado de platos, vivir en caridad; son todas ocasiones en las que Dios se hace presente, y la experiencia de esta presencia tiene repercusiones en la oración, aun cuando aquélla no se produzca siempre explícitamente. La oración es la expresión y la ocupación de todo el hombre, comprendidos sus sentimientos y todos los momentos de su jornada, así como las actividades a las que él se entrega.

2. *Noción de “grupo”*

Este término es ambiguo aun en sociología; –disciplina según la cual, para algunos especialistas, él (el grupo) no debe incluir más de doce personas–, también es ambiguo para la psiquiatría. Como lo hemos dicho respecto de la “experiencia”, aquí se adapta una noción empírica, que corresponde a la distinción enunciada desde el comienzo entre “comunidad”, que es normalmente muy numerosa y “grupo”, más restringido. No se entiende aquí en el sentido de “grupo funcional”, constituido únicamente en vistas a una actividad particular; él está determinado por el hecho de que, en el interior de una misma comunidad de amor y de ideal, hay elementos de experiencia humana que solamente el grupo procura.

III. REALIZACIONES

1. *Actividad desplegada en los grupos*

A. *FORMAS DIVERSAS*

a) “*Eucaristías domésticas*”, con homilía dialogada (*shared homily*), libre expresión de intercesión, de acción de gracias; donde hay una escuela, estas misas de grupos se realizan a veces con los alumnos en el monasterio o fuera de él.

b) *Oficio*: o se utiliza la liturgia recibida, tal como está en los libros, pero realizándola en forma meditativa por medio de un oficio, una “Hora”, o bien se utiliza, para un oficio, una liturgia que se ha creado; ésta puede ser obra del hebdomadario, para su semana, o también el resultado de una colaboración: cada miembro del grupo sugiere una lectura, elige un canto, aporta algo. Crear el oficio en grupo es una experiencia. Es necesario que este oficio sea preparado, más aún se recomienda leer antes el texto. Puede haber un tema alrededor del cual se agrupan sus elementos: un himno, algunos pensamientos de introducción, una lectura, una pausa para la reflexión (a veces también otro himno, una segunda lectura, una nueva meditación), una oración final de intercesión. Hay quienes gustan de la variedad en la salmodia, Cantada alternativamente, dialogada, recitada y escuchada. Se insiste sobre la necesidad de tiempos de silencio y en la importancia del canto y de la música, pudiendo darse, en un mismo país y a veces en el curso de una misma reunión, el paso de la música antigua a la música popular. Fuera del oficio, pero en relación con él, algunos se reúnen para preparar el oficio del domingo o de una fiesta, para prepararse, sobre todo si la homilía de la misa en la iglesia no aporta nada. También hay quienes señalan el interés que hay en que durante la reunión se forme un círculo: así es más fácil tener en cuenta la presencia los unos de los otros, el tipo de encuentro mutuo que modifica el encuentro con Dios, con la ventaja de tener algunas veces un oficio que sea creado en conexión con un oficio ritual, por así decir prefabricado. Muchas observaciones hechas sobre este punto y sobre el siguiente, se aplican igualmente a las misas de grupos.

c) “*Meditación*”: esta palabra se emplea en un sentido que abarca diferentes actitudes en la oración: se guarda silencio o se escucha a alguien que medita en alta voz; se escucha música; se miran

imágenes, películas o proyecciones fijas (diapositivas, sudes). Con frecuencia se puede dialogar sobre un pasaje de la RB, sobre un texto monástico antiguo, o un texto de un teólogo contemporáneo, y particularmente sobre la Sagrada Escritura (*Bibelgespräch*), en especial sobre el Evangelio (*compartir el Evangelio*). A veces uno se puede entregar a la lectura continua, aun prolongada, de una vez o en varias ocasiones, de un libro entero, por ejemplo Job, o un Evangelio o una Epístola; o bien se puede estudiar juntos un pasaje de la Escritura o de un Salmo. Esta forma de hacer hablar un texto es diferente de aquella lectura que tiene lugar en la celda o en comunidad: se da el estímulo recíproco y la comunión en la Palabra. Si alguien dirige la oración (o el oficio) se comulga en su experiencia meditativa y se reacciona ante ella. Uno no se reúne para discutir, sino para dejarse interpelar, llegada la ocasión, por una Palabra de Dios. Además, uno puede compartir sus experiencias, sus interrogantes, sus deseos, sea sobre un tema sugerido por el abad, sea a propósito de un acontecimiento de la vida comunitaria, de uno de sus miembros, o de uno de los miembros del grupo; se ayuda a aceptar una enfermedad, un duelo; se estudia el modo de reaccionar ante tal o cual hecho; se ayudan mutuamente a aceptar las dificultades en la vida de oración, o sobrellevar las tentaciones contra la fe; se intercede, a veces en silencio, por alguien que está pasando un mal momento, o cuando se trata de tomar decisiones graves a nivel comunitario, el grupo se entrega, por ejemplo después del oficio, a una intercesión silenciosa. Todo esto fácilmente torna superflua la “revisión de vida” como tal, supone además calma, distensión, reposo interior, y así la oración espontánea de cada uno deviene el fruto de la meditación del grupo.

B. CARACTERÍSTICAS GENERALES

En las descripciones que se dan de la experiencia, las dos palabras que aparecen con más frecuencia para caracterizar la actividad de los grupos son “escuchar” y “compartir”; una y otra se aplican a la vez a la Palabra de Dios y a las palabras en las cuales los miembros se manifiestan los unos a los otros. Así se dan momentos en los que uno se vuelve más consciente de lo que se hace en presencia de Dios. Ciertamente la intensidad, la densidad de esta experiencia varía mucho de una reunión a otra. Hay quienes comparan esta proximidad de Dios a la que existe entre los esposos: uno y otro están siempre o con frecuencia en presencia uno del otro, pero hay momentos en que ellos se sienten más próximos. Una actividad de grupo, por ejemplo el hecho de leer la Biblia juntos, ofrece la posibilidad de una experiencia que difiere a la vez de la que se tiene cuando se está solo y de la de comunidad reunida con su abad: ésta es la única razón para que exista un grupo en el interior de la comunidad. Uno se siente unido a los hermanos de un modo especial en una misma búsqueda de Dios. A través de las ideas de otros a uno se le ocurren pensamientos que jamás hubiera tenido por sí mismo; en este sentido, Dios se manifiesta por los hermanos. Uno se da cuenta de forma más concreta, más existencial, de que no tiene el monopolio, de que depende de los demás, de que debe estar atento al misterio de Dios en los otros. Se revelan a sí mismos unos a otros de una forma más humana, más auténtica, a veces más íntima; uno aprende a no escabullirse en el anonimato del coro. La Palabra de Dios se hace para cada uno más directa: en el coro hay participación en un misterio, pero con frecuencia la Palabra se presenta para cada uno muy individualizada, yuxtapuesta a la de los vecinos. La oración de cada uno está como “verticalizada”, “en presencia de los Ángeles”. En el grupo hay correlación de ideas, de sentimientos, y comunión horizontal, en presencia de los hombres. A la vez se da la experiencia de la comunidad (*Gemeinschaftserfahrung*) y la experiencia de Dios. No se quita la oscuridad de la fe, no se “palpa” más a Dios en grupo que de otra manera, y, como para los discípulos de Emaús, en el momento en que Él está más realmente presente, desaparece. Pero el intercambio de la experiencia de esta oscuridad ha provocado el encuentro con Él. Cuando los hermanos se encuentran interesándose explícitamente en Él, se produce con Él un encuentro que no se da, ni por la observancia ni aun por el oficio. Esta experiencia ayuda a devenir una comunidad de personas. Uno se encuentra con los otros de diversos modos, en distintas dimensiones. Pero hay quienes se sienten ayudados por este encuentro ocasionado por la oración en grupo. De aquí no se sigue, necesariamente, una mayor intimidad humana, pero la comunidad espiritual se torna una realidad más viva, y las formas exteriores de la vida conventual encuentran su verdadero lugar que es secundario. En resumen, no se trata tanto de experimentar a Dios como de escuchar su Palabra y responderle. La evolución parece delinarse, con frecuencia, en este sentido: al comienzo se habla mucho, se conversa de Dios

los unos con los otros, o bien uno habla a Dios en presencia de los otros, con la ayuda de ellos. Después cada vez más se escucha a Dios con los otros.

Un caso particular es el testimoniado por los y las que han participado en las sesiones de zen o de yoga: hablan de una liberación interior que puede preparar para una experiencia espiritual. Ellos mencionan manifestaciones ocasionales tales como las lágrimas. Pero insisten sobre todo en una atmósfera de recogimiento profundo.

2. Dificultades

En un grupo pueden producirse tensiones, conflictos, a veces escándalos. Esta es la ocasión de ejercitar una ascesis que es también la experiencia de una participación en el misterio de la Cruz de Cristo: uno tiene que aprender a desprenderse de las afinidades naturales, a sobrellevar las antipatías, a no aceptar los desencadenamientos de la agresividad que humanamente serían intolerables, en fin, a perdonar. Se experimenta lo que es ser pecador.

3. Composición de los grupos

Se admite una gran variedad. Pero al menos se pueden distinguir dos categorías:

A. GRUPOS PERMANENTES

Lo más frecuente es que sean por lo menos en sus comienzos, grupos “libres” o “espontáneos”, de monjes o de monjas que se reúnen por afinidades; otros piden en seguida su integración y entonces se hace el esfuerzo para aceptar a todos aquellos y aquellas que lo deseen: y luego se necesita tiempo y paciencia para “domesticar” al miembro nuevo, adoptarlo, acogerlo. Es necesario crear el grupo, hacerlo crecer; es necesario que él sea y permanezca homogéneo: la homogeneidad importa más que el número, y es compatible con una gran variedad de edades y de funciones entre los miembros. Lo que no supone una amistad natural entre todos, o entre algunos; con todo no la excluye, y aun puede ocasionarla. A veces ocurre un fracaso: el grupo se rompe, no dura. Desde el punto de vista caracterial, un solo miembro basta a veces para hacer difícil el encuentro entre los miembros del conjunto. Sea que uno elija o haya sido aceptado es necesario tener en cuenta en cierta medida, las afinidades personales, y cuando la vida del grupo está amenazada, la caridad no debe consistir en encubrir unos a otros, el hecho de que ya no se puede encontrar juntos esta densidad humana de presencia y de ayuda recíprocas.

En algunos lugares, están organizadas las “decanías” cuyos miembros son nombrados o aprobados por el abad o la abadesa, teniendo cada una un responsable; esta estructura puede contribuir a asegurar la continuidad del grupo.

Hay también grupos lingüísticos.

La meditación en grupos se practica en muchos noviciados, en presencia del padre maestro, pero no siempre bajo su dirección.

B. GRUPOS OCASIONALES

Se realizan de diversos modos:

a) *Entre miembros de la comunidad*, por ejemplo con ocasión de un aniversario (*birth-party*), o de una fiesta, a veces con una comida de grupo que sigue a la eucaristía doméstica. O bien se avisa que

mañana, o en tal día, un grupo se reunirá para una eucaristía, un oficio, una meditación; se indica el lugar, la hora, el tema, a veces los textos, invitando a los que quieran participar.

b) *Con los huéspedes*, sobre todo si se trata de un grupo homogéneo de retirantes, sea que se los guíe, sea que se comparta simplemente su búsqueda espiritual; es necesario en general tener muchos encuentros para “crear” el grupo. Se procura estar atento al huésped, como a todo aquello que manifieste la “actualidad” y hacerlo entrar en familia.

c) *Con los alumnos de la escuela*, si los hay.

En fin, con respecto a la composición de grupos, algunos señalan el valor equilibrante de los grupos mixtos, donde sea posible, con la prudencia necesaria, teniendo en cuenta el comentario de la gente de afuera.

4. *Condiciones del funcionamiento de los grupos y papel del abad*

En la composición del grupo, la condición considerada como la mejor es la libertad, la espontaneidad: el grupo debe permanecer “informal” y no se puede obligar a nadie a integrarlo.

En la vida del grupo, es necesario que haya libertad de expresión, ausencia de orden jerárquico o de presentación de título de antigüedad. El grupo también debe ser libre de determinar la frecuencia de las reuniones, su duración, su género de actividad: no debe tener estructura fija. Se debe tomar en serio RB 3, 3. “Con frecuencia Dios revela al más joven lo mejor”.

Cada uno debe estar seguro de la discreción de los otros respecto a lo que él dice en grupo. Una cierta advertencia es necesaria: hay quienes se ponen en guardia contra todo “exhibicionismo” espiritual.

En algunos monasterios, durante el noviciado, los monjes son entrenados por especialistas respecto a la dinámica de grupo (*group dynamic, sensitivity training, etc.*), lo que no se confunde con la vida de un grupo espiritual, pero puede prepararla.

En cuanto al *abad*, se piensa que su papel no consiste en intervenir en un grupo, en todo caso nunca como abad, sino que él debe discretamente informarse y asegurar la cohesión entre los grupos.

5. *Duración y frecuencia de las reuniones*

La *duración* varía y puede ser larga; por lo general de tres cuartos de hora, a una hora y media.

La frecuencia también varía. Puede ser a veces regular y a intervalos previstos, o a veces libre, indeterminada. Ella no debe ser excesiva. Algunos piensan que con una vez por semana basta. Es necesario que el encuentro sea lo suficientemente excepcional como para poder tener cada vez el carácter de un acontecimiento y de una experiencia (*happening, Erlebnis*). Para algunos grupos o individuos ella no puede renovarse más de dos o tres veces.

Hay quienes practican una jornada comunitaria por mes, o se encuentran durante una semana o por algunos días una vez al año, por ejemplo durante las vacaciones, en una casa de campo (*summer home*); o con ocasión de un retiro, o de una salida de uno o de varios días, que implica a la vez el carácter de descanso y de retiro.

6. *Lugar de reunión*

Es variable. Algunos y algunas se reúnen en un “lugar de meditación” que difiere de la capilla, separado de la iglesia; aunque esté próximo, corresponde a otra dimensión de la vida, constituye una suerte de espacio a-temporal donde se tiene con Dios un encuentro más íntimo, menos colectivo. Para algunos, este género de experiencia supone todo un ambiente, no solo de distensión espiritual, de profundo reposo, sino de ausencia de formas y contextos habituales: hábito, siales, sillas fijas, órgano, antífonas gregorianas, etc. Para otros la experiencia está favorecida por un contacto con la naturaleza cuyas formas pueden variar.

7. Dos advertencias suplementarias se imponen

Surgen del conjunto de la documentación.

A. UTILIZACIÓN DE TÉCNICAS DE GRUPO *(Group Process, Group Sensitivity, etc...)*

Se parte del hecho de que en toda sociedad los “pequeños grupos” o “subgrupos”, existen a causa de las diferencias de edad, de educación, de ocupaciones, de intereses, de experiencias: no perjudican al grupo más grande, pues son necesarios para su funcionamiento. Igualmente están en conformidad con la naturaleza del hombre, en el sentido de que solamente en tales grupos, uno se siente verdaderamente libre de expresarse, produciéndose relaciones interpersonales necesarias para el equilibrio de la mayoría: tiene su importancia el ser “escuchado”, y que uno lo sepa, aunque luego las ideas que ha propuesto no sean aceptadas; cada uno debe sentirse apreciado, aceptado, no por lo que él dice sino por lo que él es. Si existe en este dominio una ciencia –es el caso especial del “Group Process”– es legítimo servirse de ella como de cualquier otra ciencia. Allí donde se la toma en serio y se la utiliza correctamente, ayudará. Cuando funciona bien –y esta fue la experiencia de muchos jóvenes de diversos lugares– el “pequeño grupo” es como la imagen, el símbolo de la comunidad tal como debería ser. Y esta experiencia de grupo es para muchos la ocasión de hacer su experiencia del hombre en aquello que tiene de mejor, siendo también una forma de experiencia de Dios que obra en y por los hombres. Esta forma de experiencia de Dios en grupos no se limita a la actividad de la oración, litúrgica o de otro tipo.

B. GRUPOS DE ORACIÓN Y PENTECOSTALISMO

Es un hecho, atestiguado por las respuestas recibidas, tan interesantes que sería necesario citarlas por entero, que en muchos lugares, pequeños grupos de oración se reconocen como favorables a la experiencia de Dios, en el momento de la reunión y durante todo el día. Su origen más de una vez está en una influencia del movimiento “pentecostal”; esta influencia, directa o indirecta, a veces se debe a la presencia de un no-católico. Los metodistas están señalados como especiales promotores en este dominio. Y no sólo en los Estados Unidos. Se trata aquí de dones que de hecho se debe objetivamente constatar, analizar, y juzgar por sus frutos.

IV. MOTIVACIONES

1. Desde el punto de vista bíblico

Se cita a *1 Jn 1,3* donde se subrayan algunas palabras: “Lo que *nosotros* hemos escuchado, nosotros os lo anunciamos, a fin de que *vosotros también* estéis en comunión con nosotros. En cuanto a *nuestra comunión*, ella es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”: se insiste sobre el plural utilizado en estas fórmulas. Se evoca también el ideal de la Iglesia primitiva para justificar el deseo de sentirse más unidos.

2. Desde el punto de vista tradicional

Se citan las *bona eloquia* de RB 6,2 y el hecho de que RB 73,5 remite a las “Conferencias” de las que Casiano es el testigo: la meditación en común no es una innovación, se practicó ya en los comienzos del monaquismo. En cuanto a RB 6,6: “loqui et docere magistrum condecet, tacere et audire discipulum convenit”, se piensa que “esto pide una corrección”. Muy raramente surge la preocupación de “restaurar” las decanías de las que habla la RB, como si se tratara de volver a una institución del pasado.

3. Desde el punto de vista psicológico y práctico

Según el cual las motivaciones propuestas son muy numerosas, en parte de carácter negativo, subrayan que la vida común y el oficio, tales como se los practica, no responden a las aspiraciones de todos, a las exigencias de la vida espiritual de algunos. Ya hicimos alusión a esto más arriba. Este tipo de consideraciones, son formuladas por aquellos y aquellas que tienen necesidad de los grupos, tan unánimemente que merecen ser tenidas en cuenta. Tratan especialmente sobre el Oficio y la vida común.

A. INSUFICIENCIAS DEL OFICIO

Se insiste sobre los límites de lo que es, en liturgia, “formal” y “jurídico”, y de lo que es “literario”, “estético”. No quieren contentarse ya con “recitar juntos”. Se busca la simplicidad, la inmediatez (*inmediacy*), de las actitudes interiores y de las formas exteriores correspondientes. No encuentran “la experiencia total”, allí donde la liturgia tiene necesidad de ella, o donde no se “comunica” nada porque no se “comulga” como se desearía hacerlo, y donde uno se contenta a veces con “fastidiarse juntos”. No se acepta más que el Oficio sea sentido por algunos, más o menos numerosos según los lugares, como una obligación más que como una oración. Se subraya la diferencia que existe entre “decir oraciones” y “orar”.

Por otra parte, desde el punto de vista psicológico, se siente que hace bien romper a veces la “rutina” por ejemplo reemplazando una “hora” del Oficio, por un tiempo de oración más libre y espontánea. Se nota también que el simple hecho de encontrarse todos los días cada uno según el orden de antigüedad, en su lugar, con sus libros, etc..., favorece un cierto individualismo que no se quiere.

B. INSUFICIENCIAS DE LA COMUNIDAD

En adelante se desea una fraternidad que viva de relaciones humanas “verdaderas”, aun siendo a veces difíciles y ocasiones de reconciliación: los altercados fraternos, pero francos, inherentes a una comunión auténtica, pueden ser el signo de su existencia. No basta que la comunidad exista jurídicamente, por el hecho de la institución, ni prácticamente, por el hecho de la cohabitación; es necesario que ella se exprese alguna vez al nivel de la experiencia espiritual. No bastan reuniones ocasionales, a veces raras, como las capitulares, para tratar asuntos sin que jamás se hable de lo esencial, del misterio de Dios que se encuentra en el corazón de toda existencia humana. Se siente necesidad de experimentar, en este dominio, “cómo piensa el otro”, haciendo de suerte que la vida común, como la vida de oración, devenga a veces una experiencia (*Gemeinschaftserfahrung*). Existe el deseo de unificar las manifestaciones de la experiencia humana en los diversos niveles –intelectual, corporal y sentimental (*Ratio, Körper, Gemüt*)–. Se echa de menos la falta de integración de los individuos en la comunidad, y de las ocupaciones y actividades de cada uno en la unidad de su vida espiritual. Cada vez más los monjes se encuentran dispersos, en el interior mismo del monasterio, por su trabajo, por el pluralismo de las zonas en que vive cada uno de ellos. Un horario uniforme, para los oficios y las comidas, no basta para que cada uno desarrolle y exprese su personalidad de monje: a

esta necesidad responden los grupos, al permitir un grado más elevado de expresión personal. A falta de lo cual se buscarán compensaciones por otro lado.

C. Particularmente, algunos de *los que ejercen el misterio* en el exterior señalan que su vida es más de clérigos regulares que de monjes, unidos por las mismas Constituciones, pero no por una vida común. Ciertamente, ellos deben tener la íntima convicción de que este ministerio no es solamente una función. Y reaccionan contra la idea de ciertos teólogos modernos, según los cuales no se encuentra a Dios sino en la comunidad. Como los monjes de la antigüedad, el monje que vive en una parroquia, fuera del monasterio, encuentra a Dios en la comunidad; pero con la diferencia respecto del sacerdote secular, que él sabe que pertenece a una comunidad, que significa para él un sostén, una ayuda. Pero allí donde es habitual la dispersión de una cierta parte de los miembros de la comunidad, es bueno que ellos regresen de tiempo en tiempo, a pasar el día, a fin de que todos actualicen la comunión, la tornen más real, y que cada uno reencuentre a los otros, teniendo así la ocasión de sobrepasar, de sobrellevar las posibles antipatías. La comunidad monástica (*Klostergemeinschaft*) no es solamente una institución; ella es también y ante todo, una “comunidad”. Entre el puro psicologismo, a nivel afectivo, y el puro funcionarismo, a nivel de actividades coordinadas, existe el lugar para los intercambios recíprocos en que cada uno da y recibe (*Give and take*). Finalmente, a la dificultad para vivir en cuadros tradicionales, rígidamente institucionalizados, a veces, se agrega la reacción contra una teología muy teórica, que satisfaciendo a veces la razón, corre el peligro de impedir la experiencia, de apagar el sentido de “l’étonnement” y de admiración, particularmente inherente a ciertos tipos de civilización, fuera de Occidente. Aquellos grupos donde la expresión es libre y espontánea ayudan a conservarlo.

4. Desde el punto de vista teológico

Se necesitan ante todo dos tipos de consideraciones:

A. Las primeras, *respecto de Dios*, conciernen a lo que se llama el aspecto encarnacionista del cristianismo, religión en la cual Dios ha hablado a los hombres en un Hombre y continúa transmitiendo su lenguaje a través de los hombres. Con el Dios que así se revela, se tiene una relación no como con un ser absoluto y lejano existente en sí mismo –podemos citar sobre este tema el título de una obra en otro tiempo famosa de Garrigou-Lagrange: *Dios, su esencia y sus atributos*– sino como con un Dios concebido como un ser de comunión activa y de participación, que interviene en nuestras vidas humanas, de quien todo procede, que es fuente de toda participación entre los que de El reciben. La palabra de orden no es más “Vivir sólo para Dios, *Soli Deo*”, sino “Dios y mis hermanos”, a este propósito se emplea la palabra *Koinonía*. Dios no se revela solamente en la Escritura, sino en estas imágenes de El mismo y estos miembros de Cristo, que son los hermanos; los dos aspectos – trascendencia e inmanencia de Dios– no deben separarse; Dios no debe ser reducido a su relación con nosotros; pero con todo esto no debe ser olvidado, sino vivido, y en cierto modo, experimentado, lo que se realiza en el grupo, en un tipo de “vida comunitaria”, diferente de aquella que es propia a la vida de comunidad, aun cuando ella implique una comunión con mayor razón, cuando se trata de una vida común sin la comunión de aquellos de los que se dice que “no se reúnen más que para cantar y comer”. En resumen se trata de lo que se designa como la experiencia de un Dios encarnado.

B. Otra serie de consideraciones se refieren a *la fe* concebida como una actitud y un acto comunitario: se pasa del “yo creo en Dios” al “nosotros creemos en Dios”. Ciertamente es Dios quien toma la iniciativa: la fe es un don recibido de Él, y es Él el que congrega al grupo: “Congregavit nos in unum Christi amor”. Pero la fe comprometida en nuestra respuesta a esta revelación y a este amor de Dios es de diferente calidad según que ella se exprese en comunidad, en una amplia iglesia, o en grupo: aquí se percibe sobre todo la mediación recíproca, se toma conciencia de que Dios está presente, a falta de lo cual se perdería el tiempo; esta última impresión no se siente del mismo modo en comunidad. Y dado que la oración es un elemento de fe, una expresión de la fe en acto, y que la fe

misma penetra toda la vida, es normal que la experiencia de la fe y de la oración difieran en los dos casos, y que ellos se complementen. Estas consideraciones están desarrolladas de un modo más o menos preciso, pero en referencia a, o en dependencia de lo que se puede leer en los teólogos contemporáneos que han elaborado la justificación de las formas actuales de la experiencia cristiana.

V. EVALUACIÓN

Es sin duda demasiado pronto para tener un juicio de conjunto bien fundado. Pero ya, a esta altura, podemos resumir las apreciaciones recibidas en el curso de esta encuesta. Ellas señalan a la vez, las ventajas y los riesgos.

1. Beneficios

Algunos ya han sido mencionados más arriba. He aquí otros que sobresalen de los testimonios recogidos.

A. En el dominio de la oración. Algunos, algunas dicen haber tenido, con ocasión de misas de grupo, nuevas luces sobre la Eucaristía, una más profunda inteligencia de lo que ella es. Otros han hallado el oficio más apacible después de una reunión de oración espontánea. Gracias a estos encuentros, han descubierto una dimensión nueva de la experiencia de Dios, no tanto directamente, y en soledad, sino con la comunidad y a través de ella. Durante o con ocasión de las reuniones de grupo, unos a otros se sugirieron las lecturas ¿e las que podían sacar provecho. Después de una meditación en grupo, tal o cual pensamiento que se había percibido profundamente volvía a la memoria durante la semana siguiente, dando así más unidad a la vida. Algunos subrayan también que el hecho de buscar a Dios juntos, explícitamente, ayuda a evitar las ilusiones, las formas sutiles de egoísmo aparentemente espiritual. De este modo entre el formalismo y una simpatía no controlada, entre el colectivismo y el subjetivismo, entre la oración litúrgica y la oración mental, una cierta espontaneidad en común hace bien; en el oficio de Taizé también se le concede su lugar.

B. En el dominio de la vida común. Algunos consideran al grupo como el modelo de lo que debería y podría ser la comunidad, y aun el “*test*” que permite darse cuenta de si existe o no una verdadera comunidad: el grupo reviste a sus ojos, un valor de símbolo. En efecto, en él, gracias a él, la vida espiritual se construye sobre valores humanos respetables, particularmente la amistad, la profundidad y la sinceridad de las relaciones interpersonales, muy superiores al simple trato de buena vecindad. Concretamente uno aprende a conocerse, a reconocerse, cada uno, cada una, en su particular vocación en el interior de una vocación común; a aceptar las diferencias y la complementariedad, a crear sólidos lazos humanos y espirituales que permitan a cada uno contar con los otros. Se aprende a hablar más fácilmente de las realidades de la vida espiritual, a superar cierto pudor que en este plano es casi instintivo, a superar también las distancias que crean las funciones, los cargos oficiales. En ciertos lugares, los grupos han contribuido al acercamiento entre las generaciones, a una comprensión mutua entre jóvenes y ancianos, a volver la atención sobre los marginados, enfermos o viejos, poco visitados, en fin a una mejor integración de todos en una verdadera vida de comunidad. De muchos modos, la vida del grupo ayuda a los individuos a elevarse al nivel de la comunidad auténtica.

2. Peligros

Son señalados sobre todo por los que no han hecho la experiencia del grupo, a la que se oponen por principio, pero son igualmente advertidos con lucidez y precisión por los que hablan por experiencia. Son éstos los primeros en reconocer que la oración en grupo no basta para todo pues no da lugar ni a la oración privada ni, habitualmente, al oficio comunitario.

A. En el dominio de la oración, el peligro existe en complacerse en una actividad natural profana, un modo de liberación psíquica de carácter emocional, en que los sentimientos subjetivos devienen muy importantes, haciéndose así la experiencia de los hombres, en lugar de la experiencia de Dios.

B. En el dominio comunitario, el peligro consiste en que el grupo busque imponerse a toda la comunidad. La cosa es grave cuando una comunidad se identifica con un grupo y sus ideas: ella entonces se torna incapaz de integrar nuevos miembros al menos que ellos “se identifiquen” con las tendencias de ese grupo convertido él mismo en comunidad, aun en el caso de que sus ideas y tendencias fueran legítimas con sus límites y riesgos. Entonces también se puede tener la tentación de echar fuera del grupo convertido en comunidad sea a los nuevos miembros que se presenten, sea a los profesos o profesas refractarios al “adoctrinamiento”. Tales casos deben ser excepcionales, pero están señalados como no irreales, allí sobre todo donde, por ser estrictas la clausura y la censura, el aire que procede del exterior se rarifica, perdiéndose entonces fácilmente el sentido de lo universal.

Los partidarios de los grupos no dejan de hacer notar que la comunidad también tiene sus peligros en particular un “espíritu de cuerpo” que puede venir del ostracismo.

También muchos consideran que grupo y comunidad son complementarios. Y allí donde, a priori, todo grupo es mirado como un germen de subversión o como un peligro que tiene alerta a la autoridad y a aquellos que participan en él como “*carbonari*”, el peligro está en que se busque fuera responder a la necesidad que justifica a los grupos: la dispersión no hace sino agravarse, pudiendo conducir a una disgregación.

VI. CONCLUSIÓN

Bajo este título, y según las informaciones recibidas, no podemos formular sino impresiones de conjunto.

1. Desde el punto de vista de los hechos

Es difícil decir en qué proporción los grupos son practicados o deseados. Estos no se dan en la mayoría de las comunidades; en muchas de ellas la necesidad no se hace sentir, excepto cuando se reconoce, con una sonrisa, que “el único grupo restringido que existe está formado por el grupo de los que van a Maitines”. Pero allí donde los grupos existen, se practican con mucha seriedad y fervor. Hay una convergencia especialmente en las motivaciones y las evaluaciones aun cuando estas aspiraciones comunes, dan lugar a diversas realizaciones. La convicción de base común es que la comunidad cristiana se construye por la experiencia misma de la vida, a lo que los grupos contribuyen.

Parece que los grupos tienen más vigencia entre los monjes que entre las monjas y las hermanas; pero entre ellas, sobre todo entre las primeras, revisten una cualidad diferente, que proviene no solamente de la femineidad, sino del hecho de que su vida es generalmente más cerrada. De aquí resulta una nota de intimidad, una delicadeza, un refinamiento de la sensibilidad y de la caridad que no aparecen tanto en los monjes en el mismo modo y grado.

Parece que los grupos son más deseados entre las generaciones jóvenes que entre los mayores; sin embargo no todos los jóvenes son partidarios de ellos y algunos representantes de la edad media o avanzada participan de los grupos con gusto. Por lo general no se trata de todos los jóvenes, suficientemente satisfechos con lo que encuentran al llegar al monasterio, por contraste con lo que

ellos tenían antes de entrar, sino de “jóvenes adultos” madurados por muchos años de experiencia, de reflexión, de formación teológica.

La oración en grupo parece ser más practicada en relación con la Eucaristía que con el oficio. En cuanto a éste, la liturgia existente sobre todo donde ha sido renovada, satisface mucho a monjes y monjas de todas las edades. La apreciación sobre este punto depende de la estructura psicológica de la persona y, para los jóvenes, de una opción que ha sido hecha cuando han elegido entrar aquí o allá. La mayor parte de los que tienen distribuido el oficio en tres “tiempos” por día, desean que no se agregue nada.

Entre las formas de meditación en grupo, se prefiere la *lectio divina* hecha en común.

Generalmente parece que un grupo no persiste en llevar una experiencia de oración sino cuando su permanencia está asegurada sea por un *minimum* de estructuras, sea por la decisión común, tomada al principio y a veces renovada, de continuar a pesar de las dificultades consideradas como normales y provechosas.

2. Desde el punto de vista del juicio a pronunciar

Desde el punto de vista del juicio a pronunciar, es demasiado pronto para formular algo más que una conjetura. ¿Se trata de un fenómeno durable, o de una fase provisoria? Algunos grupos existen y funcionan, para satisfacción de sus miembros, desde hace muchos años sin que se piense en poner fin a la experiencia. Pero ahora, en más de un lugar, los grupos han contribuido a reintroducir en las comunidades una forma de experiencia de Dios que les faltaba, a restablecer el equilibrio entre los elementos “formales” y los dones más “personales”. Por lo mismo ellos han facilitado la transición que, en pocos años, ha conducido de la liturgia heredada del pasado, a formas nuevas en el oficio comunitario.

*Collegio S. Anselmo
Piazza Cavalieri di Malta, 5
00153 - Roma - Italia*